

## **Del desarrollo económico al desarrollo sustentable**

La misma gata pero sustentada

Braulio Hornedo Rocha

La prisa por desarrollarse, por lo demás, me hace pensar en una desenfrenada carrera para llegar más pronto que los otros al infierno (Paz, 1968: 22).

### **I Desarrollo económico versus población y cultura**

Aunque no existe una definición universalmente aceptada para el desarrollo económico, los economistas (esos sabios epígonos de la religión del progreso) parecen estar más o menos de acuerdo en definir el desarrollo económico de un país, región o ciudad como:

el incremento sostenido e irreversible del ingreso “real” por habitante. El adjetivo “real” significa que se ajustan los resultados al tomar en cuenta la inflación, es decir que los resultados son expresados en unidades monetarias (dólares, pesos u otros) constantes. (Polèse, 1998: 30)

Es curioso como ese “real” entrecomillado expresado por Polèse, se preocupa por definir el dinero en términos constantes a través del tiempo. Pero se despreocupa totalmente por la concentración del ingreso en muy pocas manos, pues la distribución real (sin entrecomillar) en las sociedades concretas dista mucho en parecerse a ese cociente estadístico del ingreso per capita, dado que muy pocos lo superan por mucho y la inmensa mayoría se encuentra muy por debajo de tal abstracción matemática.

En el caso concreto del Estado de Morelos, según el Censo de Población y Vivienda del año 2000, apenas el 1.4% de la población

económicamente activa, entre 15 y 64 años, declaró haber obtenido ingresos mensuales mayores a 10 veces el salario mínimo. Esta brutal concentración del ingreso pone en evidencia lo tramposo del concepto definido como desarrollo, por lo cual propongo en “burlas veras” reformular la definición de Polèse de la siguiente manera, el desarrollo económico es: “el incremento sostenido e irreversible del ingreso “real” por habitante “rico”. Los adjetivos “real” y “rico” significan “real” y “rico” respectiva y llanamente.

El desarrollo económico es el dogma principal de la iglesia universal del progreso “globalitarista”, expresado éste como la fase superior del imperialismo capitalista (mercado global, más estado totalitario mundial). Al igual que otras iglesias, el “desarrollismo” tiene un dogma de fe revelado por ese profeta mayor de la Teología del desarrollo económico que fue Lord Keynes y que F. Schumacher cita y analiza con implacable lucidez crítica, revisemos pues un fragmento del evangelio según Lord Keynes:

Por lo menos durante otros 100 años debemos simular ante nosotros mismos y ante cada uno que lo bello es sucio y lo sucio es bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es. La avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo todavía. Porque sólo ellos pueden guiarnos fuera del túnel de la necesidad económica a la claridad del día. (Schumacher, 1978: 22)

Tras de tan contundente revelación de las deidades que rigen las “necesidades” del “homo economicus” (avaricia, usura y especulación) sólo nos queda refrendar la veracidad de lo señalado por Hazel Henderson: “La economía no es una ciencia; es simplemente política disfrazada”. Política al servicio de los intereses del poder del capital cabría agregar a riesgo de caer en una evidente perogrullada, como

alguna vez lo señaló Eduardo Hornedo Cubillas, discípulo y traductor al español de Lord Keynes en la edición del Fondo de Cultura Económica.

Uno de los dogmas revelados que conforman esta “religión” disfrazada de “ciencia” llamada economía, es: la creencia en la existencia de “necesidades” y ligado a ellas, va el concepto de “escasez” en la oferta para satisfacer esas “necesidades”. Asimismo, es importante señalar complementariamente el dogma ingenuo de la confianza progresista en la apropiación del medio ambiente natural como una especie de almacén gratuito e infundadamente infinito de “recursos naturales económicos”.

Estos conceptos enhebrados de “necesidades sociales” y “recursos naturales” permiten establecer la “necesidad” del “desarrollo económico” basado en el supuesto de que: “más es mejor siempre para todos”.

Los misioneros encargados de propagar este dogma de fe progresista somos los universitarios, que piadosamente llevamos los “beneficios del desarrollo” a los pobres no escolarizados, que no “saben” lo que les “conviene” para llegar a ser ellos mismos. Finalmente, este culto se realiza en los altares de la avaricia y el egoísmo distribuidos en todo el planeta y conectados por las autopistas de la dominación. Vías transitadas por multitudes de fieles que buscan el sentido final de sus vidas en el consumo desmedido de bienes materiales superfluos y servicios inútiles que tampoco les satisfacen, pero que realmente sirven para garantizar las condiciones materiales para la reproducción y acumulación del capital. En este sentido la desvergüenza debería cotizar en la bolsa “porque es un factor importante de las ganancias” (Forrester, 2000: 15).

El poeta Gabriel Zaid tiene razón al señalar: “Ningún progreso parece hoy más urgente que superar la ciega voluntad de progreso”

(Zaid, 2004:13). El progreso como simiente del desarrollo económico está profundamente enraizado en la ideología dominante hecha carne de nuestra carne. El discurso del desarrollo lo permea todo. Somos sus creyentes devotos por igual: los capitalistas y los socialistas, los empresarios y los obreros, los políticos y los universitarios, los católicos y los musulmanes. Cada uno de estos sectores podremos tener nuestras diferencias y enconos entre nos, pero en lo que todos estamos de acuerdo, es en la “necesidad” del desarrollo como un medio para llegar a nuestras muy particulares versiones del progreso en una carrera de suicidas e insaciables ratas trepadoras. Precisamente Octavio Paz apunta en un chispazo de lúcida visión poética que: “la prisa por desarrollarse, por lo demás, me hace pensar en una desenfrenada carrera para llegar más pronto que los otros al infierno”. (Paz, 1968: 22)

A pesar de que la pretendida ciencia económica reconoce no contar con muchas certidumbres y leyes derivadas de ellas, en el caso de la relación entre desarrollo económico, urbanización y desarrollo urbano parece darse una excepción a esa regla de incertidumbre de la economía, pues según Polèse:

La urbanización es una consecuencia ineludible del desarrollo económico. Hasta hoy en día, ningún país ha escapado a esta ‘ley’. (Polèse, 1998: 30)

En esto los economistas tienen toda la razón, esa ley existe y es la sacrosanta ley que garantiza las condiciones materiales de reproducción y acumulación del capital, condiciones garantizadas por los gobiernos de los estados nación en todo el orbe del capitalismo.

La urbanización capitalista es un proceso de apropiación privada de los espacios públicos y comunales. En la ciudad se dan las condiciones

óptimas para los intereses del capital, en particular de una de sus formas más voraces, el capital inmobiliario. Los arquitectos y urbanistas se encargan de optimizar la tasa de retorno por peso invertido sobre cada metro cuadrado de suelo urbano. Estas condiciones representan formas de cooperación entre diferentes unidades de producción y también las condiciones físicas adecuadas para permitir la subsistencia de la fuerza de trabajo, de la clase trabajadora en su calidad de ejército industrial de reserva. En resumen, en la ciudad se dan las condiciones físico espaciales, políticas y sociales para la conjugación productiva de las relaciones sociales de producción con las fuerzas productivas concentradas en ella.

Se dice que el deber principal de los gobiernos, y de los urbanistas que son casi siempre sus empleados, es el de buscar el interés general, el bien común del que ya hablaba Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, pero hábilmente se callan cuidando de no poner en evidencia que el interés general y el “bien común” que buscan cuidar, es en exclusiva el de la clase dominante.

No hace falta ser muy perspicaz para percatarse que los recursos públicos están, a veces velada, otras descaradamente, al servicio de los intereses del capital privado, pero, “para tapanle el ojo al macho” se presentan disfrazados como: políticas, planes, programas y proyectos, embozados en la retórica de los poderosos y sus empleados gobernantes, bajo el eufemismo caritativo del desarrollo urbano. Nuestros impuestos están, irónicamente, al servicio de los más ricos de los ricos.

## **II Desarrollo económico. ¿Para qué?; ¿para quiénes?**

Vueltas, vueltas y más vueltas, todos le dan vueltas al desarrollo. Los economistas y los sociólogos, los políticos y los urbanistas, los reaccionarios y los revolucionarios, sin faltar desde luego los académicos y los científicos, los insaciables patronos y los líderes obreros, así como los sindicalistas militantes de la educación pública, los líderes charros y los ambientalistas del eco-establishment también, los policías y los intelectuales, los curas, los generales y los estudiantes. Todos son partidarios del desarrollo. Cada uno reclama para sí la única y verdadera concepción del desarrollo, pelean por su inmediata implantación, rebaten feroz y enconadamente al enemigo de clase o de criterio, insisten en poseer los secretos del "genuino desarrollo" y los planos y políticas, a la Banco Mundial o Fondo Monetario Internacional, de las etapas y los caminos para llegar a él. Se ubican en cualquiera de las dos corrientes antagónicas que el enfoque marxista identifica:

la primera de ellas está constituida por los promotores de un capitalismo reformado que se convierten, en la posguerra, en ardientes propagandistas del desarrollismo como salida de conciliación entre la supervivencia del capitalismo y la creciente presión social que exige una mayor equidad en la distribución de los beneficios de la producción....La segunda línea del pensamiento que propone la idea del desarrollo proviene de la corriente marxista, que supone la posibilidad de controlar y racionalizar la evolución de la economía, siempre y cuando sea dentro de un contexto social y político adecuado. (de la Peña. 1979: 14)

Indudablemente el cuestionamiento de tan polémico tema de una manera profunda y concluyente, está muy lejos de los alcances de este trabajo, sin embargo, mi intención fundamental para abordarlo, es contribuir a demostrar que estos modelos paradigmáticos del desarrollo

económico a través de la industrialización ecocida del planeta, tienen como propósito fundamental garantizar la acumulación capitalista en beneficio de cada vez más pocos, mediante la repugnante reducción de la pluralidad de culturas y el destino mismo de los hombres todos a un solo modelo: la sociedad industrial capitalista del *american way of life*.

Esta creencia auspiciada por los que se autodenominan como los desarrollados, a partir del discurso de toma de posesión del presidente Harry Truman en 1949, y que ha creado el afán desarrollista entre los que aceptan resignada y voluntariamente su propio "subdesarrollo". Ya sea por convicción, simplificación o por vil imposición, a tal punto, que el progreso moderno en esta perspectiva, se convierte en el camino inexorable de la decadencia. El progreso y el desarrollo económico son entendidos entonces como el eufemismo que mal oculta la inmanente decadencia del capitalismo mundial. "No es posible; es menester ir hacia adelante, es decir, avanzar paso a paso a paso, adelantando en la decadencia, esta es mi definición del progreso moderno." (Nietzsche, 1976: 124)

En suma, mi intención es caracterizar en este ensayo al desarrollo económico como un mito, el que hace las veces de un acicate en las relaciones de dominación y explotación mediante las cuales las metrópolis imperialistas justifican y perpetúan la dependencia de sus colonias, a nombre del tan "anhelado desarrollo", pero teniendo sumo cuidado de evitar el ser evidenciadas como las únicas beneficiarias de él.

### **III El mito del desarrollo económico**

El economista brasileño Celso Furtado, publicó allá por 1975 una breve colección de ensayos sobre el tema que nos ocupa, de estos me

he permitido entresacar aquellos párrafos que considero como los más significativos, aunque no por esto menos discutibles, por el cúmulo de evidencias acumuladas durante estos decenios de políticas desarrollistas.

Los mitos han ejercido una innegable influencia sobre la mente de los hombres que se empeñan en comprender la realidad social. Desde el "bon sauvage" con el que soñaba Rousseau hasta la milenaria idea de la desaparición del estado, en Marx, desde el principio populacional de Malthus, hasta la concepción walrasiana del "equilibrio general", los científicos sociales siempre han buscado apoyo en algún postulado enraizado en un sistema de valores que raramente llegan a hacer explícito. El mito congrega un conjunto de hipótesis que no pueden ser verificadas...La función principal del mito es orientar a nivel intuitivo, la construcción de lo que Schumpeter llamó la visión del proceso social, sin la cual el trabajo analítico no tendría ningún sentido.

La literatura sobre el desarrollo económico del último cuarto de siglo nos da un ejemplo meridiano de ese papel rector de los mitos en las ciencias sociales; por lo menos el 90% de lo que ahí encontramos se basa en la idea, que se da por evidente, según la cual el desarrollo económico, tal como viene siendo practicado por los países que encabezaron la revolución industrial, puede ser universalizado. Más precisamente, se pretende que el nivel de consumo de la minoría de la humanidad, que actualmente vive en los países altamente industrializados, es accesible para las grandes masas de la población que forman el llamado tercer mundo. (Furtado, 1975: 14)

Estas ideas son una prolongación de la idea del progreso, elemento esencial en la ideología rectora de la revolución burguesa, a partir de la cual, se desarrolla la actual sociedad industrial.

Más adelante Furtado pasa a examinar el polémico estudio (en su momento) de "Los límites del crecimiento" (Meadows, 1972) - preparado por un grupo interdisciplinario del Instituto Tecnológico de Massachussetts (MIT), por un encargo del llamado Club de Roma (agrupación de grandes empresarios de los países ricos, "preocupados" por los recursos finitos del planeta). Después de aclarar sus diferencias tanto metodológicas como en las conclusiones, señala Furtado que gracias a este estudio (y de otros después de él)

Por primera vez disponemos de un conjunto de datos representativos de aspectos fundamentales de la estructura y de algunas tendencias generales, de lo que se comienza a designar como sistema económico planetario. (Furtado, 1975: 81)

Apunta posteriormente Furtado uno de los hechos más interesantes evidenciados por este estudio y es "que la economía norteamericana tiende a ser cada vez más dependiente de recursos no renovables producidos en el exterior del país" (de ese país que algún día se sintiera y se sigue sintiendo como el más poderoso de la tierra). Otro señalamiento sobre este estudio es el hecho, notable para ese momento, de abandonar la tradicional hipótesis económica de un sistema abierto, inagotable y gratuito en lo concerniente a la frontera de los mal llamados recursos naturales y preguntarse entonces el

¿qué sucedería si el desarrollo económico, hacia el cual están siendo movilizados los pueblos de la tierra llega realmente a concretarse, es decir si las actuales formas de la vida de los países ricos llegan efectivamente a universalizarse? La respuesta a esta pregunta es clara, sin ambigüedades; si ello sucediese, la presión sobre los recursos no renovables y la contaminación del medio ambiente serían de tal orden que el sistema económico mundial entraría necesariamente en colapso. (Furtado, 1975: 91)

Este sistema económico mundial estructurado por y para el capitalismo se colapsaría -según este estudio- no por las condiciones de explotación, que este mismo sistema posee, sino por sobrepasar el "límite" de soporte ambiental que los "impactos" descargados sobre él generan.

Este mismo sistema económico determinado por el proceso de acumulación del capital oligopolista financiero-industrial, tiende cada vez más a ampliar el foso entre un centro en creciente homogeneización y una gran cantidad de economías periféricas o dependientes cuyas disparidades continúan aumentando.

Las diferencias entre los "desarrollados" y los "subdesarrollados" son medidas en términos planteados por los propios "desarrollados", esto es, el incremento del PIB acompañado por el crecimiento sostenido de la tasa de ganancia, mediante la productividad y la eficiencia del tecnofascismo "racional y científico". Esta diferenciación entre países ricos y pobres es hecha en ocasiones como una extrapolación de la propia estructura interna de las formaciones sociales "subdesarrolladas", esto es, como una proyección de las clases sociales a nivel internacional.

Los datos disponibles en los años 70 del siglo pasado en relación a la distribución del ingreso, ponen en evidencia que la porción de la población que reproduce los patrones de consumo de las clases privilegiadas de las metrópolis imperialistas es sumamente reducida. Por ejemplo, en el caso de México, según un conocido trabajo publicado en 1979, la autora señalaba que el 10 % de las familias pertenecientes al estrato más alto recibirían o mejor aún, acapararían el 51.3 % del ingreso total disponible, y su ingreso promedio sería superior en 46 veces al de las familias del estrato más bajo. (Martínez, 1979).

El mismo Furtado señala que:

el nivel de ingreso de la población de los países céntricos es, en promedio, casi diez veces más elevado que el de la población de los países periféricos. Por lo tanto, la minoría que en esos países reproduce las formas de vida de los países céntricos debe disponer de un ingreso diez veces mayor que el ingreso per cápita del propio país. Más precisamente, la porción máxima de la población del país periférico en cuestión que puede tener acceso a las formas de vida de los países céntricos es el diez por ciento. En este caso límite, el resto de la población (90 %) no podría sobrevivir, pues su ingreso sería de cero. En el caso típico de la presente situación en la periferia, entre un tercio y la mitad del ingreso es apropiada por la minoría que reproduce las pautas de vida de los países céntricos y la otra parte (entre la mitad y los dos tercios) se reparte en forma más o menos desigual entre la masa de la población; en ese caso, la minoría privilegiada no puede ir mucho más allá del 5 % de la población del país... El aumento relativo del número de privilegiados de los países periféricos no impide, sin embargo, que se mantenga y ahonde el foso

que existe entre ellos y la gran mayoría de la población de sus respectivos países. En efecto, si observamos el sistema capitalista en su conjunto vemos que la tendencia predominante es en el sentido de excluir a nueve personas de cada diez de los beneficios del desarrollo... y en los países periféricos la tendencia es a excluir diecinueve personas de cada veinte. (Furtado, 1975: 86)

Estas mediciones comparativas, en las que se calcula y recalcula el coeficiente de Gini y otras sofisticaciones analíticas, tienen la velada intención de convencernos de que si queremos ser realmente como los países "desarrollados" deberemos acercarnos a su producto per cápita o a su patrón de distribución del ingreso. Y digo una velada intención porque la hipótesis de generalización, en el conjunto del sistema capitalista de las formas de consumo que prevalecen actualmente en los países céntricos, no tiene cabida dentro de las posibilidades evolutivas aparentes de este sistema. Esta es una de las razones por las cuales "rupturas cataclísmicas", como las planteadas por el grupo de los "Límites del crecimiento", carecen de fundamento. El interés principal del estudio de Furtado es que proporciona una demostración cabal de que el estilo de vida creado por el capitalismo industrial será siempre privilegio de una minoría. El costo en términos de la depredación del mundo generada por ese estilo de vida es de tal modo elevado, que cualquier intento de generalizarlo llevaría necesariamente al colapso de la "civilización industrialista" poniendo en peligro las posibilidades de supervivencia de la especie humana. Tenemos pues la prueba de que el desarrollo económico, la idea según la cual los pueblos pobres podrán algún día disfrutar de las actuales formas de vida de los pueblos ricos, o mejor aún, de las minorías de estos pueblos, es simplemente irrealizable. De tal modo que los "subdesarrollados" nunca serán "desarrollados" en el sentido de semejantes, a las economías que forman el actual centro del sistema capitalista mundial.

Así que el estudio de los Meadows es uno de esos raros casos en los que al imperialismo le sale el tiro por la culata, pues es precisamente un sofisticado modelo matemático de simulación, que mediante complejos sistemas de ecuaciones diferenciales resueltos en las muy poderosas computadoras del Instituto Tecnológico de Massachusetts MIT (ese valioso baluarte de imperialismo), el que ha contribuido -aunque, repito, no haya sido ese su propósito- a criticar y a desmitificar el mito del desarrollo económico, seguramente uno de los pilares de la doctrina que sirve para encubrir la dominación de los pueblos de los países periféricos por el imperio capitalista.

#### **IV El desarrollo: dos tendencias dominantes y muchas alternativas**

En este apartado me encargaré de comentar las dos tendencias dominantes, contrapuestas, y sin embargo con el denominador común de ofrecer caminos en apariencia diferentes, para la colonización del futuro, a nombre del pasado. Estas dos versiones dominantes del desarrollo, que obnubilan, todavía para el grueso de la población, la multiplicidad de alternativas subyacentes en el saber-hacer de individuos relativamente libres, capaces de mantener al menos en una mínima proporción, la dimensión de la autonomía sobre la heteronomía impuesta por el sistema en forma de servidumbre voluntaria.

Estas dos tendencias que difuminan por lo pronto cualquier proyecto autogestionario, y que si bien representan los dos proyectos dominantes del futuro desarrollo, no son desde luego más que dos de los muchos futuros posibles, esto es, el tecnofacismo del capitalismo industrialista o bien el "socialismo" que en lugar de debilitar el poder del estado, lo refuerza para sobrevivir.

Pongo en contraste a esos pensadores de la mentada y lamentada "Alianza para el progreso" de los años sesenta del siglo XX, con los actuales interventores del FMI, con su "Alianza para la producción" y acumulación de capital, para todos ellos, la clave del progreso está en el desarrollo económico industrialista, que se logrará mediante el Plan Nacional de "Desarrollo" (en turno).

Kousoulas, un economista griego, publicó a finales de la década de los años cincuenta, una serie de ensayos a los que tituló "La clave del progreso económico", en ellos, deslumbrado por las ventajas que el sistema norteamericano representa para los pueblos "atrasados" del mundo, propone adoptar lo que llama el "capitalismo de nuevo estilo", el que puede ser fácilmente exportable mediante "Instituciones económicas, adaptables con facilidad en naciones con muy diversos recursos y características." Instituciones que permitirán a estos "pobres" y "desdichados" pueblos sumidos en el atraso, construir un futuro "mejor" y esto mediante las fuentes de la fortaleza económica de los E.U., la producción en serie con un pequeño beneficio por unidad, el amplio poder adquisitivo de las mayorías, la búsqueda de hombres de talento, el nuevo modo de pensar de los industriales. (Kousolas, 1963: 43)

Unos cuantos años después que Kousolas publicara estas "reflexiones" (compartidas por tantos entonces), durante la administración Kennedy, se proponía a los países de América Latina la realización de "un esfuerzo de magnas dimensiones para asegurar el cumplimiento de nuestro plan (la ALPRO) para una década de progreso." (Dreier, 1962: 159). Claro que en ningún lugar de su discurso Kennedy aclaró el progreso de quién.

Uno de los ideólogos más activos de este progreso (obviamente el de la minoría privilegiada de los E.U.) fue un expresidente de la fundación

Rockefeller y posteriormente secretario de estado del mismo presidente Kennedy, Dean Rusk, para quien la ALPRO constituía "una parte concreta de un todo indivisible y abstracto" (sic). El argumento principal de este conocido súbdito del capital transnacional es el de la "libertad" de los hombres y las naciones, mediante el "aliento y vigorización de dos fuerzas que son producto de nuestra civilización occidental: La libertad política, nacional e individual y el afán por el desarrollo económico." (Dreier, 1962: 159) Esta "libertad negativa" de la que hablan Rusk y los liberales, entre los hombres y las naciones, y que repiten incansables sus corifeos, es uno de los fundamentos ideológicos del afán por el desarrollo económico que distingue a nuestra civilización occidental. Esa misma civilización que encuentra en la revolución francesa el ascenso de la razón totalizadora y unificadora, la libertad, la igualdad y la fraternidad en la más idealista y liberal de las acepciones posibles.

La libertad del convento o del cuartel en donde todos los miembros son "iguales". La libertad de explotar y dominar en la que todos los capitalistas son "iguales", la libertad de imposición, la libertad de lucro y de despojo, es decir, todas estas "libertades igualitarias" tan apreciadas en el occidente democrático y católico al que aludía Dean Rusk.

Steere D.V. supone que el modelo occidental de vida desahogada es lo que constituye la aspiración de los países en vías de desarrollo y que simplemente basta con poner en sus manos la tecnología adecuada para salir del subdesarrollo, al establecer que:

por primera vez en la historia del mundo las herramientas tecnológicas existen ya para hacer posible la colocación de un piso mínimo bajo los requisitos elementales de alimento, albergue, atención médica y educación, si estas herramientas se usan adecuadamente... este método de introducción de cambios técnicos debe, por sí mismo elevar la dignidad de aquellos que lo reciben; que este método debe ser por sí mismo un proceso educacional, que

deje a la gente con un sentido más grande de su propia dignidad, y confianza mutua. (Steere, 1981: 71)

Este mismo autor distingue que la modernización tecnológica ha producido efectos marginales indeseables entre los que distingue: la atracción centrípeta de la población a las grandes ciudades y la rápida urbanización con todas sus agonías, que parece acompañar la introducción de la industria moderna. Estos planteamientos que parecen reducir el problema del desarrollo a una simple transferencia de tecnología, como una dádiva generosa de los "desarrollados" para los países "pobres", es realmente una política de perpetuación de la dependencia, al imponer procesos productivos de "alta tecnología" en formaciones sociales donde se niega de antemano las tradiciones y patrones culturales locales, para imponer de una manera brutal la gran industria necesaria para la acumulación capitalista. Estas imposiciones se muestran de una forma patente en las industrias relativas a la energía nuclear o automotriz.

El profesor Raymond Barre en una difundida obra propone distinguir entre desarrollo y crecimiento al advertirnos que:

no debemos confundir estos dos términos, pues nuestra atención se desviaría de los factores que propician al desarrollo, para centrarse en las condiciones que permitan el crecimiento sin amplias fluctuaciones de la actividad económica y de la ocupación. (Barre, 1962: 16)

Posteriormente Raymond Barre trata con marcado énfasis las características de los países subdesarrollados, y de los métodos utilizables para arrancarlos de su atraso. Él mismo propone algunos rasgos para caracterizar las economías subdesarrolladas; tales como: la escasa industrialización, una población en rápido crecimiento, mortalidad alta sobre todo la infantil, bajo ingreso per cápita etc.

Distingue dos características básicas en la estructura de las economías subdesarrolladas. La primera es el predominio de las actividades primarias sobre los otros sectores productivos pues

la mayor parte de la población activa se encuentra en la agricultura y explotaciones mineras; mientras que el sector industrial no emplea sino una parte pequeña de la fuerza de trabajo, mientras que en muchos casos se registra un crecimiento anormal y malsano del sector terciario (Barre, 1962: 20)

Por otra parte la producción interna es predominantemente de productos agrícolas que cubren la subsistencia de la población y sus exportaciones se concentran en algún o algunos productos básicos (agrícolas o mineros) poniendo de relieve el carácter paradójico de la especialización de los países subdesarrollados. La especialización es muy grande con respecto al comercio exterior, pero es muy pequeña en relación con el mercado interno, de modo que estos países deben importar del extranjero ciertos productos de consumo que no pueden producir ellos mismos. (Barre, 1962: 22)

La segunda característica de las estructuras económicas subdesarrolladas es una estructura dual, por un lado un sector precapitalista, esencialmente autóctono, donde reinan la economía de subsistencia y el trueque, y por el otro un sector capitalista en el que distingue:

un capital extranjero dedicado a la industria o al comercio exterior, y un capital autóctono, escasamente industrial y sobre todo comercial y especulador. (Barre, 1962: 42)

Más adelante señala dos aspectos del funcionamiento de las economías subdesarrolladas:

1.- La inestabilidad, en la producción, en las exportaciones, y en las relaciones de precios del intercambio.

2.- La dependencia en las relaciones de importación de bienes manufacturados, en servicios y en capital. Finalmente propone como objetivos para el logro del desarrollo económico:

a.- La formación de las élites y del medio social propicio nunca se destacará suficientemente el coraje y la razón de que deben disponer las élites de un país subdesarrollado para asumir las evoluciones necesarias.

b.- La integración de la economía mediante el desarrollo de medios de comunicación y transporte, así como de una amplia red de instituciones de crédito especializadas.

c.- La diversificación de la economía a partir del desarrollo de actividades económicas múltiples que se sostienen mutuamente y suscitan una demanda suficiente para sostener el desarrollo posterior de la economía. (Barre, 1962: 121-123)

Por último y entre las recomendaciones generales para la obtención del desarrollo, este destacado autor pide: "la difusión en todas las clases de la sociedad de concepciones favorables al crecimiento y al progreso." ¡Más claro ni el agua reciclada del excusado!

A pesar de la existencia de una cantidad enorme de autores, a favor del desarrollo económico del capitalismo, creo que bastan los autores antes reseñados para dar una visión, si bien no pormenorizada, si al menos que permita distinguir algunos de los elementos de los discursos del capitalismo de nuevo estilo, durante la segunda mitad del siglo XX, como decía Kousolas, en el que "la libertad de los hombres y las naciones" permite al "industrialismo democrático" de "nuestra civilización occidental" ofrecer un "alto nivel de vida" a las "mayorías".

Hemos visto también como se han caracterizado la estructura y las funciones de las economías subdesarrolladas, así como los procedimientos para salir de la pobreza y el atraso en que se encuentran los países periféricos.

## **V Nuevos vinos libertarios en viejos odres autoritarios**

También en el marxismo encontramos elementos de semejante fervor desarrollista, al grado que algunos "marxismos" dicen alentar a luchar abiertamente contra el sistema capitalista, pero siguen manteniendo, en contra de algunas juveniles manifestaciones del mismo Marx, la posibilidad de un poder-estado desligado del capital y atareado en combatirlo, absurdo teórico que la práctica histórica de los socialismos hasta ahora existentes se ha encargado de desmentir de manera categórica, pues Marx mismo -como señala Savater-

sigue pensando desde el TODO y lo que aspira a construir es un TODO con un sistema distributivo diferente, sin siquiera modificar realmente el productivo-reproductivo. El invento de las clases sobre todo de la clase redentora que debe convertir revolucionariamente sus aspiraciones en el proyecto de un nuevo TODO está mucho más ligado a la preparación de la nueva clase dirigente, que al análisis científico de la sociedad. La igualación de la oportunidades alza una proyección del resentimiento a delirio burocrático, convierte la fraternidad en abyección por decreto y, dado que fracasa incesantemente, autoriza un aumento desmesurado de los controles, la coacción, la planificación y en resumen, el reforzamiento decisivo del capital de poder que es el estado. Así el marxismo se reduce a una nueva forma de gestión autoritaria del estado industrial (presente y futuro), o a una protesta de tintes proféticos. (Savater, 1978: 44)

Esta cita panfletaria cuestionando tan abiertamente la "ciencia" del marxismo dogmático, quizá despertará reacciones de rechazo inmediato por parte de aquellos lectores que no pertenezcan a la escasa cohorte de los incómodos escépticos de siempre, o de ciertos rebeldes trasnochados, si es que por ahí queda todavía alguno con pensamiento crítico.

La crítica implícita en la cita que antecede, será quizá tachada de irracional porque no encuentra su lugar en el contexto afirmativo del racionalismo positivista científico-tecnológico, que manejan por igual los

mantenedores del orden y los revolucionarios, contagiados de idéntica positividad, puesto que:

Una nueva y exigente fe postula que el adjetivo científico es sinónimo de "verdadero" y la Verdad que en un tiempo se identificó con el Bien y la Belleza se iguala ahora con la Eficacia Industrial... Lo científico recubre eficazmente el ámbito de lo racional, de tal modo que cualquier crítica le vendrá desde el oscuro mundo de la sinrazón. La ciencia, como la otra divinidad, es una totalidad que se explica por sí misma y cuya negación es locura. A los que planteen preguntas incontestables o señalen las contradicciones inherentes al sistema se le negará respuesta, arguyendo que consideraciones metodológicas prohíben su pregunta o excusan la contradicción; el Método y sus exigencias viene a dejar el hueco dejado por la desprestigiada Voluntad de Dios. (Savater,1978b: 38)

Es pues, contra este cientificismo imperante, en las esferas del poder político y académico, que este ensayo se propone poner en evidencia y denunciar a quienes han hecho del intelecto, separado de la pasión y la acción, un renglón más en la nómina de pagos del orden vigente.

Sea pues también contra los exégetas dogmáticos del marxismo contra quienes estas líneas van dirigidas y no, entiéndase bien, contra esas gentes sencillas y valientes para quienes el ser marxistas y revolucionarios significa luchar por la auto determinación radical de la comunidad humana en la que viven; luchar contra el autoritarismo despótico y la explotación esclavizante que propician las instituciones gubernamentales y educativas; significa también luchar contra las pirámides burocráticas de los partidos que no aspiran más que a una reproducción infinita de lo mismo. Es junto con estos "marxistas", que no son ni pretenden ser científicos, ni metódicos, y que quizá en algunos casos, ni siquiera han leído a Marx, para quienes y junto con los cuales deseo trabajar y aprender de sus saberes. De ahí mi intransigente aversión al marxismo dogmático de las academias y los partidos, a cuyos seguidores daré el nombre de "marxianos" en abierta

referencia a los seguidores de Cristo o cristianos. Porque dogma es, - señala Bunge-

por definición, toda opinión no confirmada de la que no se exige verificación por que se la supone verdadera y, más aún, se la supone fuente de verdades ordinarias. (Bunge, 1980: 52)

Por esto mi irreverente atrevimiento de comentar parodiando al "marxismo" como un dogma que continúa en la línea del cristianismo en la cultura occidental. Pues el sucesor del mesías anunciante del "reino de Dios" es ahora el profeta del "reino de la Libertad", mediante la nueva iglesia (el partido) y con el moderno evangelio, esto es, la "Ciencia de la Historia", que provee de la única y correcta "profecía científica" de la sociedad y su devenir, ya no para la simple interpretación del mundo, sino para su transformación revolucionaria, encabezando dicha transformación el proletariado como la clase redentora, guiada por el partido para obtener el tan anhelado progreso.

Hasta ahora, los hombres se han formado siempre ideas falsas acerca de sí mismos, acerca de lo que son o debieran ser. Han ajustado sus relaciones a sus ideas acerca de Dios, del hombre normal, etc. Los frutos de su cabeza han acabado por imponerse a su cabeza. Ellos los creadores, se han rendido ante sus criaturas. (Marx, 1978: 11)

Con estas certeras líneas inician Marx y su mecenas y apóstol Engels, el prólogo de *La ideología Alemana* o "crítica de la novísima filosofía alemana", en las personas de sus representantes: L. Feuerbach, B. Bauer y M. Stirner, y del socialismo alemán en las voces de sus diferentes profetas. En esta una de sus primeras obras juntos, Marx y Engels realizan una crítica "demoledora" de los pensadores idealistas contemporáneos a ellos, contribuyendo a deslindar con meridiana claridad la contraposición entre las concepciones idealistas y

la materialista. En esta obra empiezan por aclarar las premisas de las que han partido

no tienen nada de arbitrario, no son ninguna clase de dogma, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas que se han encontrado como las engendradas por su propia acción. Estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente por la vía puramente empírica... La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. (Marx, 1978: 19)

Hecha esta pertinente aclaración pasan a distinguir entre el hombre y el resto de las especies animales:

Al producir sus medios de vida, el hombre produce su propia vida material.

Para más adelante dejar establecido que:

El modo como los hombres producen sus medio de vida depende ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentra y que trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solamente en cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya más bien, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado modo de vida de los mismos... lo que son coincide por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo como producen. Lo que los individuos son depende, por tanto de las condiciones materiales de su producción. (Marx, 1978: 20)

De este célebre párrafo han extraído los marxianos la creencia de que la producción es no sólo la actividad principal, sino la determinante del resto de las actividades humanas, llegando a identificar lo que somos, con lo que producimos. Este supuesto ha logrado obtener el grado de acto de fe y es repetido con insistencia por académicos e intelectuales para dar origen al llamado economicismo. Una de las más extendidas variantes del dogmatismo marxiano:

Las relaciones entre unas naciones y otras depende de la extensión en que cada una de ellas haya desarrollado sus fuerzas productivas, la división del trabajo y el intercambio interior. Es este un hecho generalmente reconocido. Pero no sólo las relaciones entre una nación y otra sino también toda la estructura interna de cada nación depende del grado de desarrollo de su producción, y de su intercambio interior y exterior. Hasta donde se han desarrollado las fuerzas productivas de una nación lo indica del modo más palpable el grado hasta el cual se ha desarrollado en ella la división del trabajo. Toda nueva fuerza productiva, cuando no se trata de una simple extensión cuantitativa de fuerza productiva ya conocida con anterioridad trae como consecuencia un nuevo desarrollo de la división del trabajo.

La división del trabajo dentro de una nación se traduce, ante todo, en la separación del trabajo industrial y comercial con respecto al trabajo agrícola y con ello en la separación de la ciudad y el campo, y en la contradicción de intereses de una y otra. Su desarrollo ulterior conduce a la separación del trabajo comercial del industrial. Al mismo tiempo, la división del trabajo dentro de estas diferentes ramas acarrea, a su vez, la formación de diversos sectores entre los individuos que cooperan en determinados trabajos... Las diferentes fases del desarrollo de la división del trabajo son otras tantas formas distintas de la propiedad; o dicho en otros términos, cada etapa de la división del trabajo determina también las relaciones de los individuos entre sí, en lo tocante al material, el instrumento y el producto del trabajo. (Marx, 1978: 20)

De los pasajes precedentes se puede esbozar una primera aproximación de una noción del desarrollo ligada a las condiciones materiales de la producción, esto es de las fuerzas productivas, del intercambio, de la división del trabajo, del enfrentamiento campo-ciudad, en suma de los que los modernos llamarían llanamente como "desarrollo económico".

Esta primera aproximación es complementada por algunos pasajes merecidamente célebres de una de las obras clásicas del marxismo, el multicitado prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*, obra escrita casi 15 años después que *La Ideología Alemana*, y en la que se presenta una síntesis del resultado general al cual llegó Marx al final de sus estudios de economía política, del siguiente modo:

En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de

producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, su ser social es lo que determina su conciencia. En una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas. Entonces se abre una época de revolución social. (Marx, 1974: 12)

Y más adelante:

Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productivas que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad... Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales, y burgueses modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagonista del proceso de producción social, no en el sentido de un antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de existencia de los individuos; las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana. (Marx, 1974: 13)

Estas líneas muestran, a mi parecer, una especie de visión sumaria de Marx a los 40 años, el mismo año que Darwin publicara *El origen de las especies*. Y aunque sin duda, no es esta la versión más acabada de su pensamiento, pues cabe recordar que aún vivió 24 años más de incansable estudio y trabajo, ya que murió en la misma ciudad de Londres en la que años atrás escribiera su famoso prólogo, en el año de 1883, el mismo en el que ese otro gran pensador del XIX publicara

su Así hablaba Zaratustra. Y en el nuevo continente el tristemente célebre Rockefeller fundara la Standart Oil Co.

Esta caracterización del pensamiento de Marx en relación con el mito del desarrollo se establece en la proposición implícita, y después explicitada por seguidores y exégetas de considerar el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y su relación contradictoria con las relaciones de producción para distinguir la etapa del desarrollo histórico en que se encuentra una formación económica social concreta, de tal modo que se pueda predecir el "curso futuro de las evoluciones económicas y en especial de las revoluciones".

Según observa Popper, el "historicismo" y el "economicismo" son los cuestionamientos básicos que podemos hacer al pensamiento de Marx , pero sobre todo de sus seguidores, en quienes reconoce:

A docenas de poderosas mentalidades, convencidas que la profecía histórica era el método científico indicado para la resolución de los problemas sociales. (Popper, 1967: 122)

Esta 'certeza científica' proporcionada por la ciencia de la historia se acomoda de una manera espléndida con algunos de las tradiciones de la civilización occidental, etnocéntrica, cristiana y democrática, tales como:

La idea platónica de la justicia, la idea medieval del autoritarismo cristiano, la idea de Rousseau de la "voluntad general", o las ideas de Fichte y Hegel sobre la liberación nacional. (Popper, 1967: 91)

El doctor Enrique González Pedrero, utiliza como metodología para analizar el fenómeno del subdesarrollo, la relación dialéctica de la antinomia riqueza-pobreza, al afirmar que:

El problema del subdesarrollo económico responde, pues, en términos generales al análisis de la dominación y la servidumbre que Hegel expuso en la Fenomenología. (González, 1961: 96)

Más adelante pasa a identificar los dos polos de la antinomia, o sea, la riqueza o desarrollo que tiene la necesidad de mantener a su contrario, la pobreza o subdesarrollo.

De este ángulo positivo de la antinomia surgen varios elementos: a.-) Existe una relación dialéctica entre el desarrollo de unas regiones y el subdesarrollo de otras. b.-) Esta relación dialéctica produce en forma "natural por así decir, una relación de intercambio producto de una división del trabajo, según la cual los países subdesarrollados producen con su trabajo la materia prima que elaboran las regiones desarrolladas. c.-) Es obvio que para este comercio y esta "división del trabajo" no es conveniente ninguna modificación del esquema de la dominación y la servidumbre. d.-) Estos presupuestos lo mismo se realizan en lo interno, en cada país, como en lo internacional. (González, 1961: 98)

Por otro lado señala el reverso de la antinomia, su necesaria dimensión negativa: a.-) Existe una tajante separación, una contradicción entre los intereses y objetivos de ambas regiones. b.-) Esta contradicción ha producido una lucha (abierta o sorda) entre las mismas. c.-) La lucha sólo terminará cuando los países subdesarrollados naturalmente realicen como lo vienen haciendo su liberación nacional d.-) Es a partir de este momento -la Revolución- cuando los países subdesarrollados rescatan su soberanía enajenada y pueden libremente comenzar su proceso de desenvolvimiento económico. De tal manera que la nueva 'clave' para el desarrollo económico de los países subdesarrollados es obtener su 'liberación nacional'. Seguramente como la obtenida por Argelia, Cuba, Vietnam o Kampuchea, o cualquier otro país gobernado por esos nuevos tiranos, invariablemente universitarios que se autodefinen como "socialistas y revolucionarios". Para concluir, González Pedrero intenta demostrar:

"que la profecía histórica del marxismo" que había previsto la "revolución" en los países de "capitalismo maduro" realmente no ha fallado, pues lo que pasa es que:

Si los países capitalistas han podido atenuar la ebullición del conflicto social, ha sido gracias a la elevación relativa de los niveles de vida de sus proletariados respectivos, como resultado del mantenimiento de los pueblos subdesarrollados a niveles bajísimos de vida, con grandes masas pauperizadas y miserables. (González, 1961: 99)

Esto es, se ha transferido el conflicto social al plano internacional:

"Al ampliar los mercados, y la exportación a los países subdesarrollados, los países industriales tuvieron la posibilidad de aumentar los niveles de vida de sus clases trabajadoras, (evadiendo el supuesto marxista de una crisis de subconsumo que produciría una creciente pauperización). Esto, naturalmente, retrasó y retrasará todavía el proceso revolucionario en los países altamente industrializados -por paradójico que parezca- hasta el momento que los subdesarrollados se liberen de las trabas que los oprimen. El paréntesis que ha sostenido al mundo capitalista desaparecerá gracias a esta revolución, humana, nacional y democrática, que es la Revolución de los países subdesarrollados, la Revolución de los esclavos de que hablaba Hegel. (González, 1961: 117)

Para no dejar lugar a dudas, este dialéctico neohegeliano, supone simplemente que en la medida que los "esclavos" o "pobres" o "subdesarrollados" logren su liberación nacional, entonces los supuestos marxistas "entrarán nuevamente en vigor", y con esto los "amos" o "ricos" o "desarrollados" entrarán en el anunciado proceso de su "Revolución social", para construir, con auxilio de sus vanguardias, el "verdadero socialismo" anunciado por Marx en sus profecías.

En otra obra clásica del análisis marxiano del subdesarrollo, el autor comienza con una brillante perogrullada:

La historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial. (Marini, 1978: 3)

Pasa después a demostrar con un exhaustivo análisis histórico, las causas y características de los países subdesarrollados en América Latina. Entre estas últimas distingue el "populismo" y el "bonapartismo" que han usado las burguesías locales para enfrentarse a sus adversarios, y afirmar el principio fundamental, del sistema subdesarrollado, vale decir, la "super explotación del trabajo":

Tomada en su perspectiva histórica más amplia, una América Latina integrada al imperialismo no es más viable que la supervivencia del sistema imperialista mismo. La super explotación del trabajo en que se funda el imperialismo, y bajo cuyo signo se pretende integrar a los países de la región, establece una tal arritmia entre la evolución de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción que no dejan prever sino la decadencia del sistema en su conjunto. (Marini, 1978: 20)

Y esto mediante

El avance incontenible de las masas explotadas el que orienta inevitablemente hacia la sustitución del actual sistema de producción por otro que permita la plena expansión de las fuerzas productivas y resulte en una elevación efectiva de los niveles de trabajo y de consumo, vale decir, el sistema socialista. (Marini, 1978: 21)

Para Marini, el desarrollo consiste entonces, en "sustituir" el "sistema productivo" impuesto históricamente por el imperialismo, con otro sistema que permita la "plena expansión de las fuerzas productivas" y permita armonizar las relaciones de producción con las nuevas fuerzas productivas expandidas, algo así como la "elevación efectiva del industrialismo democrático", pero en los países periféricos. Sin mencionar en absoluto la destructividad inherente ligada a estas "nuevas fuerzas productivas destructivas".

Podría seguir comentando la multitud de obras producidas en torno a este polémico tema, desde la perspectiva marxiana, sin embargo, y dadas las limitaciones propias de este trabajo, simplemente daré por

terminada esta sección, sin pretender desde luego haberla agotado. Pues mi intención se limita a terminar, directa y explícitamente con el sueño de exportar los actuales niveles de vida y consumo del "american way of life", o del modelo de socialismo soviético, o cualquiera de los socialismos existentes.pues cada vez queda más claro que:

las grandes ciudades del mundo se parecen más entre sí, que a sus remotos interiores aldeanos: encabezan la cultura del progreso que (por las buenas o por las malas) se ha impuesto a todas las culturas tradicionales. El saber, el poder, el dinero, los privilegios, se han ido concentrando en las grandes ciudades a través de organismos centralizadores, estructurados piramidalmente y encabezados por universitarios (quienes), en parte por intereses miopes y en parte por razones de fe, creen que su propio crecimiento es la vía del progreso de todos, como si fuera imposible o indeseable apoyar la economía de subsistencia, en vez de lamentarla; ofrecer medios rústicos, modernos y eficientes de producción doméstica de alimentos, ropa y techo, que le permitan a la población rural atenderse a sí misma. (Zaid, 2004: 14)

Ahora sabemos con toda claridad que las viviendas de interés "social", los ejes viales, las escuelas y universidades, los hospitales, los manicomios, las cárceles, en fin los territorios "urbanizados" que se nos imponen a manera de camisas de fuerza "espaciales", a nombre del desarrollo económico o del progreso histórico del mundo occidental, racional y democrático, no son otra cosa que la internalización de la sumisión voluntaria, hecha carne de nuestra carne, idea de nuestras ideas, norma rectora del quehacer cotidiano de ciudadanos eficazmente escolarizados por la fe en el progreso.

Este mismo "desarrollo urbano" que se nos impone en México, con todas las características "democráticas" que la revolución institucionalizada y las caricaturas de alternancia proveen, tales como: "la libertad de tránsito y de asentamiento." la que es cumplidamente respetada como uno de los:

principios fundamentales de la convivencia, pues repetimos ahora lo que siempre hemos dicho: la concepción más acabada de la pérdida de libertad es la cárcel que cancela la Libertad de tránsito y obliga la de asentamiento. (López, 1978: 25)

De modo que esos "principios fundamentales de convivencia" que constituyen la "libertad de asentamiento" y la de "transitar libremente" de ir y venir, de circular de un lado a otro, aunque enteramente cautivos de esa libertad fútil de ir y venir por las autopistas del poder, esos "principios fundamentales de convivencia" son el más eficaz grillete para "transitar con libertad" por esta versión cinematográfica del campo de concentración abierto,: la megalópolis industrial, regida por la megamáquina del complejo militar industrial.

## **VI Una pequeña contribución a la crítica de la ecología política**

Ecología, dice el Breve diccionario etimológico de la lengua española de Guido Gómez de Silva, editado por el Fondo de Cultura Económica, es el "estudio de la relación entre los organismos y su ambiente... proviene del latín tardío *oeko*, -*oiko*-, que significa 'casa o morada', a su vez derivado del griego *oiko*-, de *oikos* 'casa o morada' y este a su vez del indoeuropeo *woik-o*-, 'casa o grupo de casas.'

La ecología es un concepto relativamente nuevo, acuñado por el biólogo alemán Ernst Haeckel en su obra: *La historia de la creación natural* (1868). Este autor la ubica como una rama especializada de la zoología. Sin embargo en su rápida evolución, de casi un siglo y medio, ha originado dos grandes grupos de disciplinas derivadas de ella. Por un lado, la ecología relacionada con otras disciplinas de la biología, como la ecología molecular, ecología funcional, ecología del paisaje, ecogeografía, ecología global, etc. Por el otro, con disciplinas sociales

como la economía ecológica, etnoecología, ecología urbana, ecología industrial etc.

En este segundo grupo cabe incluir la ecología política que se origina a partir de los trabajos de Paul Goodman, Iván Illich, Fritz Schumacher y Murray Bookchin entre otros.

Así como la economía política es la “ciencia que trata de la producción y distribución de la riqueza”, la ecología política es la incipiente disciplina que trata de la protección, conservación y el restablecimiento de los ecosistemas naturales ante los embates de los planes, programas y proyectos del desarrollo económico, resultado de las políticas económicas de los gobiernos nacionales al servicio del interés supremo de la reproducción y acumulación capitalista mundial.

Iván Illich establece una diferencia, que él -y nosotros- consideramos fundamental, y va mucho más allá de ser sólo de terminología, al distinguir entre el medio ambiente natural como un bien comunal (commons) del medio ambiente natural, entendido como un recurso económico escaso. De nuestra habilidad para saber distinguir entre estos enfoques mutuamente excluyentes, dependerá no sólo la construcción teórica de una ecología política consistente, sino sobre todo la capacidad de crear una jurisprudencia ecológica eficaz que sirva para la transición a una sociedad postindustrial que ponga límites a la ambición desmesurada de la acumulación capitalista y potencie en cambio las habilidades creativas de personas libres, cuya principal virtud será la voluntaria austeridad de los excesos materiales del consumismo globalitarista, para construir en cambio sociedades pacíficas y convivenciales basadas en la amistad, la esperanza, el decrecimiento, la alegría y la celebración.

Considerar al medio ambiente natural como un recurso económico escaso es una deliberada perversión del lenguaje, de la economía y por supuesto de la política. La escasez dice Bookchin:

connota ansiedad, sensación de inseguridad y una mentalidad competitiva, proliferación de necesidades ficticias, abundancia destructora, y el trabajo obsesivo para tener y acumular. (Bookchin, 1978: 11)

En cambio la conceptualización del medio ambiente natural como un bien comunal se corresponde con la historia y tradiciones de la gran diversidad de culturas que conformamos las humanidades (no como disciplinas de estudio, sino como diversidad multicultural). Las cuales pretenden ser aniquiladas por la cultura hegemónica del desarrollo económico, la modernidad y el progreso en su expresión más depurada y brutal de globalitarismo, entendido éste como la fase superior del imperialismo capitalista mundial y como un homenaje y recordación a la anticipatoria visión de Vladimir Illich Ulianov (Lenin).

## **VII El globalitarismo es la fase superior del imperialismo**

La aparición de gobiernos que conforman estados totalitarios se encuentra ligada desde sus orígenes, en la segunda mitad del siglo XIX, al reacomodo de los intereses del poder de los capitalistas (cuando estos eran todavía personas y familias concretas socialmente identificables). En nuestros días el anonimato de los grupos de acumulación del capital es uno más de los privilegios de los poderosos, quienes esconden sus identidades, pero nunca sus afanes de rapiña, para reclutar a la población total del planeta en un mercado global de consumidores adecuadamente escolarizados.

La lógica implacable de reproducción y acumulación del capital como fin supremo en los países industrializados, creó las condiciones para la intromisión práctica de los intereses privados de los grandes capitalistas en los gobiernos, donde la clase de los dueños de los medios de producción actúa políticamente. Esta intromisión, a veces velada y encubierta (como en los regímenes democráticos), otras veces cínica y violenta (como en el fascismo y nazismo), se concretó a través de las políticas públicas de los gobiernos de los estados nacionales que conformaban la geografía política en los inicios del siglo XX.

La Gran Guerra Europea, mejor conocida como la Primera Guerra Mundial, es la continuación de esas políticas públicas representantes de los intereses privados del capital vinculado al complejo militar industrial por medio de la planificación de la muerte masificada. Esto es, la guerra como uno más de los negocios para cumplir con el fin supremo del capitalismo a escala mundial. Para la lógica de acumulación del capital es conveniente producir, para ser destruido y volver a empezar produciendo una vez más lo destruido y así en un cuento de nunca acabar. De 1914 a 1918 los costos estimados en vidas humanas de este negocio fueron 1.8 millones de alemanes, 1.6 millones de franceses, 800,000 ingleses y cerca de 200,000 norteamericanos y canadienses. Costos indirectos por poco más de cuatro millones de refugiados y desplazados. Ninguno de estos costos fue pagado por los capitales involucrados, las víctimas pagan, todo se va directamente a la cuenta de utilidades. "The perfect business in the name of God. In God we trust".

La Segunda Guerra Mundial en esta perspectiva es el mejor negocio de todos los tiempos, pues mientras los costos en vidas humanas prácticamente se decuplicaron, las utilidades del complejo militar industrial se centuplicaron. En otras palabras, se logra maximizar la

función objetivo utilidad, minimizando a la vez los costos del capital. El negocio perfecto y la fórmula ideal de la programación matemática de los intereses de los poderosos.

Con la ventajosa aparición del más alto grado del terrorismo globalitario se inicia una nueva época. El poder derivado de las armas atómicas llevó al mundo entero a la amenaza de exterminio global de las culturas que habitamos en nuestra madre la Tierra. Durante los años de la llamada “guerra fría” la disputa por el control mundial entre el imperialismo norteamericano (el poder del capital) y el imperialismo ruso (el capital de poder de un estado centralizado y militarizado) tuvieron en sus escarceos bélicos al resto del mundo como sujeto de dominación hegemónica. Ante la amenaza del holocausto nuclear, todos los demás países deberíamos aceptar incondicionalmente la dominación por el terror de los poderosos en cualquiera de las dos esferas de influencia en que se viviera. Mercado global más amenaza de control terrorista totalitario es igual a globalitarismo.

Ya lo apuntaba el viejo Vladimir Illich y lo demostró implacable nuestro ocootepeño universal Iván Illich. En el estado globalitario con el que sueñan los ricos, la fusión entre la aspiración a un mercado mundial de consumidores va de la mano con la “suspiración” de los políticos por un estado de control totalitario, donde la privatización de lo comunal y la supresión de lo privado son inherentes a un modelo de progreso moderno, que pese a su decadencia y podredumbre manifiestas sigue teniendo partidarios entre esas “buenas conciencias” adecuadamente domesticadas que aprendieron muy bien en la escuela a demandar empleos, automóviles, megatiendas y aeropuertos para pensar como ricos, pero que la ideología dominante se encargó de conformarlos a vivir como pobres. Ironías propias de la “pus’moderna” servidumbre voluntaria.

## **Bibliografía**

- Paz, O. Corriente alterna, Siglo XXI, México, 1968, p. 22.
- Polèse, M. Economía urbana y regional, 1998 p. 30.
- Citado por: Schumacher, E.F. Lo pequeño es hermoso. 1978 p. 22.
- Forrester, Viviane, El horror económico, FCE, México, 2000, p. 15
- Zaid, Gabriel, El progreso improductivo, El Colegio Nacional, 2004, p. 13
- (Cfr epígrafe) Paz, Octavio, Corriente alterna, Siglo XXI, México, 1968.
- Polèse, M. Economía urbana y regional, 1998 p. 30.
- de la Peña, Sergio, El antidesarrollo de América Latina, Siglo XXI, México, 1979, p.14
- Nietzsche, F., El crepúsculo de los ídolos, Editores Mexicanos Unidos, México, 1976, p. 124.
- Furtado, Celso, El desarrollo económico. Un mito. Siglo XXI, México, 1975, pp. 13-14.
- Meadows, D. Los límites del crecimiento. Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- Furtado, C., ibidem, p.81.
- Furtado, C., ibidem, p.91.
- Martínez, Ifigenia, La distribución del ingreso en México, Siglo XXI, México, 1979.
- Furtado, C., op cit, pp. 86-88.
- Kousolas, D.G., La clave del progreso económico, Novaro, México, 1963, p. 43.
- Dreier, John, comp. La Alianza para el Progreso, Novaro, México, 1962, p.159.
- Steere, D. Desarrollo. ¿Para qué?, Limusa Wiley, México, 1981, p. 71.

- Barre, Raymond, El desarrollo económico. Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
- Savater Fernando, Panfleto contra el todo, DOPESA. Barcelona, 1978, pp. 44-45.
- Savater, Fernando. La filosofía tachada, Taurus, Madrid, 1978, pp. 38-39.
- Bunge, Merio, La ciencia, su método y su filosofía, Siglo Veinte, Buenos Aires. 1980
- Marx, K. Engels, F. La ideología alemana, Ediciones de cultura popular, México, 1978, p. 11.
- Marx, K. Contribución a la crítica de la economía política, Ediciones de cultura popular. México, 1974, p.12.
- Popper, Karl, La sociedad abierta y sus enemigos, Paidós, Buenos Aires, 1967, p. 122.
- González Pedrero, Enrique, La riqueza de la pobreza, Era, México, 1961, p. 96.
- Marini, Ruy Mauro, Subdesarrollo y revolución, Siglo XXI, México, 1978, p. 3.
- López Portillo, José, Plan Nacional de Desarrollo Urbano, SAHOP, México, 1978.
- Boockchin, Murray, Por una sociedad ecológica, Gustavo Gilli, Barcelona, 1978, pp.11-12.

**Braulio Hornedo Rocha:** Lector vicioso y empedernido propagador del vicio de la lectura. Estudiante obstinado de casi cualquier cosa curiosa desde que se acuerda. Misántropo gozoso de su soledad, solitario solidario y adepto al involuntario desaliño indumentario. Desescolarizado de origen por conducto de las circunstancias azarosas de la vida, pero merecedoras de todo su agradecimiento.

Nació el 19 de septiembre del año de 1952. Especialista gustoso a partir de entonces, en no volverse especialista. Aprendiz perenne de casi todo, aunque nunca llegue a tener una especialidad para saberlo todo de casi nada. Helenista aficionado y estudiante alucinado de las tradiciones del pensamiento humanista en las artes y las ciencias. Profesor decidido a compartir su enciclopédica ignorancia (lo ignora casi todo), pero eso sí, gozando apasionadamente las seductoras consecuencias del vivir para saber y enseñar para vivir. Desprofesionalizado de origen en el CIDOC de Cuernavaca, con el ejemplo indeleble de Iván Illich desde 1972. Creyente taoista confeso y devoto politeísta pagano, pecador conspicuo como Pablo en sus buenos tiempos. Navegante del conocimiento en la lectura del mundo. Náufrago varado en la galaxia binaria de los “Soles de Monterrey” (Alfonso Reyes y Gabriel Zaid), en conjunción con la constelación de Iván Illich, quienes han sido sus más íntimos mentores y en ocasiones también, sus más amados antagonistas, por insondable destino